SANTISIMA TRINIDAD A/2008

Cuando hablamos de Dios, muy a menudo nos referimos a sus atributos como eterno, omnisciente, omnipotente, etc. Estos atributos expresan, de hecho, la naturaleza verdadera de Dios, pero el uso descuidado de ellos puede conducir a la concepción de Dios como un ser lejano a quien la gente tiende a buscar sólo cuando tienen problemas y en necesidad. Este es uno de los motivos por lo que algunas personas ven a Dios especialmente como un Dios castigador y vengativo. Y pasan por alto el punto de unificación de los atributos de Dios, que El es sobre todo amor, compasión y piedad. Es lo que todas las lecturas en esta celebración de la Trinidad Santa tratan de decirnos.

La primera lectura nos recuerda la historia de Israel en el desierto después de que ellos dejaron Egipto. Cuando Moisés subió a la montaña para hablar con Dios, el pueblo que se quedo, pecó gravemente contra Dios. A causa de esta infidelidad, Moisés se enojo y rompió las tablas donde había escrito la ley y destruyó al toro de oro fabricado por la gente. Siguiendo las instrucciones de Dios, Moisés volvió a subir a la montaña para encontrar a Dios.

¿Pero cómo reaccionará Dios a la infidelidad de los israelitas? ¿Los castigará él o les perdonará él? Cuando Dios bajó en una nube, en vez de castigar a su pueblo, él proclamó su nombre como el Señor, Dios compasivo, clemente, paciente y misericordioso, lento par la ira y generoso par perdonar. Tocado por la compasión de Dios, Moisés se postró y lo adoró e intercedió por el pueblo.

Este episodio nos enseña una gran lección, a saber que el Señor es Dios misericordioso. Pase lo que pase y lo que hayamos hecho, no importa lo grave de nuestro pecado, Dios nos ama; él nos entiende y nos perdona. Él nunca nos abandonará debido a nuestro pecado; en cambio él siempre nos llevara al camino que nos lleva a él. Quizás, hemos sido condenados por la sociedad, y nuestro caso juzgado como imperdonables, pero no para Dios. Por esta razón, nunca deberíamos desesperarnos de nosotros. Tenemos que contar con la generosidad de Dios y su piedad.

Otra lección que aprendemos es que con Dios, hasta el peor caso puede ser resuelto. Con el Dios de Jesús, nunca hay un caso perdido. Una oportunidad de una vida nueva y un nuevo principio es siempre posible. Por eso Dios nos perdona para que nosotros vivamos nuevamente. Con el Dios de Jesucristo, siempre hay esperanza. La esperanza es para el cristiano y para el pagano la desesperación. Pero, al mismo tiempo, somos desafiados por la piedad de Dios y su compasión. No se nos perdona para luego continuar en la misma situación pecaminosa, sino mejor dicho para que cambiemos y seamos mejores que antes.

Todo esto nos ayuda a entender lo que está en juego en el Evangelio de hoy cuando San Juan dice, “Dios amó tanto al mundo, que él entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna”. En otras palabras, Dios no es sólo misericordioso, clemente y lleno de la compasión; él es también capaz de amar a tal grado que se volvió uno de nosotros.

Dios se hizo humano para mostrarnos su amor por nosotros, por ustedes y por mí. Dios nunca está satisfecho hasta que él nos encuentre. Él no tiene miedo de ver se involucrado en la historia humana y en lo que esta pasando en el mundo. Esto muestra

también que nuestro mundo es importante para Dios y que él quiere que sea salvo. Entonces, podemos entender lo que San Juan escribe cuando él dice que "Dios no envió a su Hijo para condenar el mundo, sino para que el mundo se salvara por él”.

Como usted puede ver, no somos creados para ser condenados a morir, sino par ser salvados. Sin embargo, a fin de tener aquella salvación, tenemos que creer en Jesús como el mensajero de Dios. Tenemos que aceptar las directivas que él nos da de modo que podamos vivir. Somos responsables de nuestra salvación o nuestra perdición. Somos responsables de nuestros actos. Nadie más puede responder de cosas que no queremos cambiar en nuestra vida.

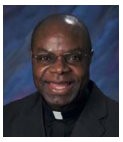
Somos nosotros quienes nos condenamos y no Dios que nos condena. Nos condenamos cuando rehusamos creer en Jesús y convertirnos de nuestras situaciones pecadoras. En la manera que reaccionamos al mensaje de Jesús determina en gran medida nuestro destino. Entre más estemos abiertos a su mensaje y cambio, más nos ponemos en el camino de salvación. Entre menos aceptamos su mensaje y cambio, más nos condenamos.

Después de todo, la última palabra de Dios no es la condenación, sino el perdón. Por eso su amor prevalece sobre el pecado. Esto es aquel amor que ha alcanzado su punto culminante al enviar a Jesús en el mundo. El amor de Dios es más grande que nuestro pecado. Su amor muestra que él es realmente un Padre, que tiene un corazón grande para amar y perdonar. Dios no es cualquier Padre, pero un Padre que tiene un Hijo que él envió en el mundo. Jesús no es cualquier hijo, sino un Hijo que nos dejo su Espíritu para guiarnos hasta el fin del mundo.

Es lo que la celebración de la Santísima Trinidad Santa significa, a saber que Dios quienes amor, es Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Trinidad es un misterio de comunión y unidad que existe entre las personas divinas. Aunque haya Padre, Hijo y Espíritu Santo, es sólo un Dios, compartiendo la misma naturaleza, y acciones diferentes. Ellos son iguales, interdependientes, y interactúan el uno con el otro en sus acciones en el mundo. De este modo, es entendible que el Padre puede enviar al Hijo y el Hijo puede actuar en el mundo a través del poder del Espíritu Santo.

La vida íntima que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es lo que Dios quiere compartir con nosotros cuando él nos llama a la fe. Por esto, tenemos que cultivar la franqueza de corazón el uno hacia el otro, aumentar la vida de relación con otros dentro de la Iglesia y en la sociedad. Tenemos que consolidar las relaciones entre nosotros como un modo de atestiguar nuestra fe en la Trinidad Santa. Cualquier relación que queremos iniciar con la gente debería recordarnos de la obligación de vivir la misma realidad primero en nuestro propio círculo de la vida con los miembros de nuestras familias. Que Dios los bendiga en esta celebración de la Trinidad Santa y los conduzca a amarlo en los demás siguiendo su ejemplo en la Trinidad Santísima.

Éxodo 34, 4b-6, 8-9; 2 Corintios 13, 11-13; Juan 3, 16-18



Fecha de Homilía: el 18 de Mayo de 2008
© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Póngase en contacto: www.mbala.org
El Nombre de Documento: 20080518homilia.pdf